

ct

Vivir de alquiler

de
Markel Hernández

(fragmento)

I: LA CASA

*No creía posible este silencio.
No hay nada aquí.
Una extensión abierta donde todo podría
consumarse*
Ada Salas

JUANI

¿Cuánto tiempo dura un silencio?

Me llamo Juani. Tengo 67 años. Soy ama de casa. Siempre he sido ama de casa. Alguna vez he trabajado como cuidadora de niños, pero mejor lo dejamos en que siempre he sido ama de casa. Están a punto de desahuciarme.

Vine a esta ciudad cuando tenía 12 años, en realidad mi familia es de Badajoz. Badajoz es una tierra árida. Toda la familia nos trasladamos a esta ciudad cuando yo era pequeña. No soy ni de un sitio ni de otro. No soy de ninguna parte.

Pocos años después de la mudanza, conocí al hombre con el que me casé. Yo no sabía que pasaría el resto de mi vida a su lado, ni tampoco cómo serían las cosas, no imaginaba que el matrimonio comienza con un fuego que poco a poco se extingue, pero que luego vuelve a prenderse y entonces te empieza a quemar.

El viaje bodas fue la única vez en mi vida en que he montado en avión: fuimos a Las Canarias. No sé si eso cuenta como salir del país. Yo creo que sí, aunque en parte seguíamos en España. Mi marido y yo, llamémosle Jesús, disfrutamos allí la luna de miel.

Yo cuento todo esto para llegar a un punto y es: ¿cuánto tiempo dura un silencio? Ya lo había dicho.

Compramos esta casa con los ahorros que teníamos. Un piso pequeño en un barrio obrero.

Suficiente para nosotros y para los que vendrían. En aquella época comprar apartamentos era mucho más barato que ahora. Ya comenzábamos a imaginar las habitaciones y los niños que las llenarían. No sabíamos que más tarde las deudas nos perseguirían y tendríamos que rehipotecar el apartamento cuando mi marido se quedara sin trabajo y desde ese momento tendríamos que pagar la mensualidad al banco, como si esta casa nunca hubiera sido nuestra, como si nunca llegara a pertenecernos del todo.

Volviendo a lo de antes, como es natural, no pasaron muchos meses del viaje de novios y yo ya estaba embarazada de mi primer hijo, Sergio. Después, vino mi hija; pero ojo, esta última no la parí yo, sino mi hermana. Veréis la historia es muy sencilla: mi hermana estaba embarazada y se veía que el bebé nacería con problemas, cuando la parió, tuvieron que meterla en incubadora, mi hermana se quedaba siempre en el hospital cerca de su hija. Mi pobre hermana tuvo tan mala suerte que pilló la meningitis y murió. Como ya sabíamos, su hija Sara tenía una discapacidad que la hacía completamente dependiente de otros. Necesitaba que alguien cuidara de ella. Su padre no la quería. Su hermana decidió que se encargaría de ella cuando terminara la universidad. Se graduó y no volvió a preguntar por el asunto. En fin, yo acepté quedarme con Sara. Siempre la traté como a mi propia hija y ella siempre me ha llamado madre. Le he dedicado toda mi vida a la niña. Así que a pesar de que no sea de mi propia sangre, la quiero como tal, y punto. Todos merecemos un hogar, aunque sea este.

El silencio, el silencio... ¿Qué venía ahora? Ah, sí.

Se supone que hoy es el día en el que el banco vendrá a embargarme la casa. Van a quitarme lo único que tengo. Yo no poseo nada más. Todo lo que vengo a decir es que qué voy a hacer yo después, en cuanto termine de hablar. Entonces habrá otro silencio y nadie sabrá cuánto durará. Así que estábamos viviendo 4 en un pequeño apartamento. Mi marido y yo dormíamos en la habitación grande, Sara en la pequeña y Sergio en la suya. Mi territorio era la cocina, allí he pasado tantas horas de mi vida que me he es imposible contarlas. He cocinado de todo y para todos, he probado a hacer tantos platos que no sería capaz de escribirlos en una lista. Llegué a apuntar algunas recetas para conservarlas cuando mi memoria empezara a dejarme, pero luego descuidé el recetario. Y también tenía en la cocina mi propia televisión, no necesitaba ir a la sala para verla. En esa tele he pasado un día tras otro, viendo los programas del corazón, me encanta ver a los hombres y a las mujeres hablando de sus cotilleos. He visto todos los concursos que han echado en antena en los últimos 40 años, veía cómo la gente perdía todo el dinero conseguido o, a veces, cómo se lo llevaban todo. Ojalá fuera así de fácil conseguir dinero. Pero yo no me imagino yendo a los concursos, ¡qué vergüenza! Estoy segura de que no ganaría nada. Nunca he ganado nada. Documentales, programas de cocina, las noticias, el tiempo, culebrones, las pitonisas que salen a la noche, películas de vaqueros, de romances, de peleas y disparos no me gustan, de viajes, de policías que resuelven crímenes, series a las que he estado sin soltarme de la silla. De todo. Cualquier cosa que eche la tele yo lo veo.

Es que yo nunca he trabajado. He sido ama de casa. Ya está. Nada más. ¿Eso es un trabajo? Yo creo que no. Nadie lo piensa. Si fuera un trabajo estaría pagado. No con mucho dinero, claro, pero al menos lo justito.

Entonces yo siempre he dependido del dinero que me metía mi marido en mi tarjeta. Él se encargaba. Trabajaba en una fábrica. Luego la fábrica quebró y echó a todos los empleados. Mi hijo también empezó trabajando en esa fábrica. Su padre le ayudó a entrar, claro. Mi hijo se casó con una mujer. Era rubia. A mí me parecía maja. Luego se divorciaron. Tienen una hija en común que pasa de una casa a otra dos veces al mes. Es una preciosidad mi nieta. A mi hijo le ha costado mucho llegar a tener un trabajo estable después de transcurrir por otros insultantes. Es difícil cuando todo el trabajo que te ofrecen está pagado con una miseria y piensan despedirte antes de terminar el mes. Pero como todos los anteriores, lo perdió.

(Se oyen golpes.)

Tengo que darme prisa. Ya vienen.

El silencio. Sí. El silencio. El silencio y el banco.

Todo ocurrió una tarde. Fue muy rápido. Como os dije, mi hijo estaba parado, por lo que volvió a vivir a casa de su madre. Conmigo. Trajo también a su hija. Mi nieta.

Ahora tengo que hablaros rápido de mi marido, Jesús. Me casé con él cuando tenía 18 años. Antes las cosas funcionaban de otra manera. Hemos pasado la vida al lado del otro. Pero Jesús ya no es el hombre que fue al principio. O a lo mejor siempre ha sido así. No lo sé.

Fui feliz con él. Muchísimo.

Luego cambió. Algo. No lo sé. Algo le cambió. El trabajo en la fábrica lo amargaba. Cuando lo despidieron fue a peor, estaba tan viejo que nadie volvería a contratarlo.

De repente, sin que yo pudiera detenerlo, yo, que he pasado la mayor parte de mi vida cuidando de mi casa y reconozco cada palmo de ella, de repente, apareció, como una mancha imborrable, un silencio. Poco a poco hablábamos menos. Ya no me tocaba. Nuestras conversaciones se reducían a saludos. La casa quedó dividida en dos: por un lado, la sala, donde él pasaba sus días viendo la tele cuando no bajaba al bar; por otro lado, la cocina, mi territorio, con mi propia televisión.

El silencio se apoderó de la casa. Era un silencio frío. Maldito silencio.
Yo dejé de dormir en nuestra habitación. Me sentía extranjera en mi propia cama matrimonial. No sabéis lo que es sentir eso. O a lo mejor sí. Me compadezco de todas las que también lo han sentido. Ser extranjera en su propia cama.
Maldito silencio. Todo por culpa del silencio.

(De nuevo golpes más fuertes.)

¡Ya voy! ¡No veis que intento darme prisa!
Aquí es cuando volvió a aparecer mi hijo y mi nieta. Y esto es lo que vengo a contar. De esto va la obra. De este momento de nuestras vidas. De cuando habíamos rehipotecado la casa para volver a salir a flote porque si no, nos ahogábamos y no teníamos dinero para seguir pagando lo que debíamos.
De cuando la casa se llenó de repente de una juventud extraña. De cuando el amor ya no existía aquí. De todo esto.
En este punto el silencio que había nacido dentro de la casa se expandía por todos los cuartos y pasillos, era una gran mancha de humedad que dejaba un sabor agrio en el aire.
Mi hijo apenas se quedó unas semanas. Yo estaba acostumbrada a ese silencio, para mí era como si siempre hubiera estado ahí, conmigo, con nosotros, siendo uno más de la familia. Pero mi hijo no lo conocía como yo.
Cada esquina, cada rincón estaba infectado. Yo no podía hacer nada. Había perdido la pelea.
¿Cuánto tiempo dura un silencio? Decidme. ¿Cuándo se terminará este?
¿Hasta cuándo ocupará mi propia casa?

(Golpes y voces desde el exterior.)